

parecía aconsejar al hombre que se entregase á una filosófica tranquilidad de vida.

—Señorita, esta bucólica se ha escrito siempre en tablas de oro—dijo el poeta.

—Y sin duda se ha concebido en las buhardillas—replicó el coronel.

Después de haber dirigido á Canalis una mirada penetrante que éste no sostuvo, Modesta sintió que le zumbaban los oídos, lo vió todo sombrío ante ella, y exclamó con acento glacial:

—¡Ah! ¡hoy es miércoles!

—No es por halagar el capricho indudablemente pasajero de esta señorita—dijo solemnemente el duque de Herouville,—pero declaro que estoy tan cansadísimo del mundo, de la corte y de París, que con una duquesa de Herouville dotada de las gracias y del talento de la señorita Miñón, me comprometería á vivir pacíficamente en mi palacio, obrando el bien en torno mío, entregado á mis trabajos, educando á mis hijos...

—Eso, señor duque, se le tendrá á usted en cuenta—respondió Modesta dirigiendo una prolongada mirada á aquel noble hidalgo.—Me halaga usted, no me cree frívola, me atribuye bastantes gracias para poder soportar la soledad de mi compañía, y ese será acaso mi destino—añadió mirando á Canalis con piadosa expresión.

—Como lo es el de todas las fortunas medianas—respondió el poeta.—París exige un lujo babilónico, y hay momentos en que me pregunto cómo he podido sobrellevarlo hasta ahora.

—El rey puede responder por nosotros dos—dijo el duque con candor,—pues ambos vivimos de las bondades de Su Majestad. Si desde la caída del Señor Grande, como llamaban á Cinq-Mars, no hubiésemos disfrutado siempre de un sueldo, nos hubiera sido preciso vender Herouville á la Banda negra. ¡Ah! créame usted, señorita, gran humillación es para mí

el tener que mezclar cuestiones financieras con mi patrimonio...

La sencillez de esta respuesta, salida del corazón, conmovió á Modesta.

—Señor duque—dijo el poeta,—hoy no hay nadie en Francia que sea bastante rico para casarse con una mujer por sus dotes personales, por sus gracias, por su carácter y por su belleza...

El coronel miró á Canalis de una manera singular, después de haber examinado á Modesta, cuyo rostro no denotaba el menor asombro.

—Entiendo que las gentes de honor emplean magníficamente sus riquezas cuando las destinan á reparar las brechas que el tiempo ha abierto en las antiguas casas históricas.

—Indudablemente, papá—respondió gravemente la joven.

El coronel invitó al duque y á Canalis á comer á su casa sin ceremonia, con los mismos trajes de montar á caballo, y empezó dándoles el ejemplo no yendo á mudarse. Cuando, vuelta ya á casa, entró Modesta en su cuarto para cambiarse de traje, miró curiosamente la alhaja traída de París y que tan cruelmente había desdeñado.

—¡Qué trabajos hacen hoy!—dijo á Francisca Cochet, que se había constituido en camarera suya.

—Señorita, ¡y ese pobre muchacho que está con fiebre!

—¿Quién te lo ha dicho?

—El señor Butscha, al mismo tiempo que me rogó que le hiciese á usted observar que sin duda se habrá dado usted cuenta de que cumplió la palabra que le había prometido para hoy.

Modesta bajó al salón con un vestido de una sencillez regia, y tomando al coronel por el brazo, le dijo en voz alta:

—Papá querido, le ruego que vaya á preguntar por el estado del señor de La Briere, y al mismo tiempo

que le devuelvan su regalo. Puede usted decirle que mi escasa fortuna y mis modestas ambiciones me prohíben llevar bagatelas que sólo son propias de reinas y de cortesanas. Por otra parte, no puedo aceptar nada que no provenga de un prometido. Ruegue usted, pues, á ese buen joven, que guarde el látigo hasta saber si es usted bastante rico para poder comprárselo.

—¡Cómo! ¿ha sentado ya el juicio mi locuela?—dijo el coronel besando á Modesta en la frente.

Canalis se aprovechó de una conversación entablada entre el duque de Herouville y la señora Miñón para ir á la terraza, donde Modesta fué á unírsele llevada de su curiosidad, y no del deseo de ser la señora de Canalis, como pensó el poeta. Asustado de la desvergüenza con que acababa de efectuar lo que los militares llaman un cuarto de conversión, el cual, según la jurisprudencia de los ambiciosos, hubiera sido hecho por cualquier hombre que se hubiese encontrado en la misma posición, Canalis empezó á buscar excusas plausibles, al ver que se le acercaba la infortunada Modesta.

—Querida Modesta—le dijo afectando un tono meloso,—en la situación en que nos hallamos, temo acaso desagradarle diciéndole que las respuestas que acaba usted de hacer relativas al señor de Herouville, son mortificantes para un hombre que ama, pero sobre todo para un poeta, cuya alma es sensible y nerviosa como la de una mujer. Mal diplomático sería, en verdad, si no hubiera adivinado que sus primeras coqueterías, sus inconsecuencias calculadas, han tenido por objeto único estudiar nuestros caracteres...

Modesta, con un movimiento inteligente, rápido y coquetón, cuyo tipo existe acaso únicamente en los animales, en los que el instinto produce milagros de gracia, levantó la cabeza:

—... Así que, después de meditarlo bien, le participo que no he sido engañado. Me maravillaba su as-

tucia, en armonía con su carácter y con su fisonomía. Sepa usted, sin embargo, que siempre he supuesto que tanta doblez ficticia había de ser la envoltura de un candor adorable. Sí, su talento, su gracia y su instrucción no han perjudicado en lo más mínimo á esa preciosa inocencia que exigimos á una esposa. Es usted, indudablemente, la mujer de un poeta, de un diplomático, de un pensador, de un hombre destinado á conocer azarosas situaciones en la vida, y la admiro á usted tanto como la quiero. Si ayer no desempeñó usted una comedia conmigo cuando aceptó el cariño de un hombre cuya vanidad va á cambiarse en orgullo al verse escogido por usted, y cuyos defectos se convertirán en cualidades mediante el contacto divino con usted, le suplico que no hiera en él un sentimiento que ha llegado á degenerar casi en vicio: los celos. Para mi alma, los celos son un disolvente, cuyo poder, que es espantoso y que lo destruye todo, me ha revelado usted. ¡Ah! ¡no se trata de unos celos á lo Otelo!—repuso al ver un gesto que hizo Modesta,—¡ca! se trata de mí mismo, que estoy muy mimado en ese punto. Ya conoce usted el afecto único al cual soy deudor de la única dicha que he gozado, ¡que ha sido bien incompleta, por otra parte! (y meneó la cabeza). Todos los pueblos han representado el amor por medio de un niño, por la razón de que no se concibe á sí mismo... Pues bien, este sentimiento tenía su término indicado en la naturaleza. Estaba muerto al nacer. La naturaleza más ingeniosa ha adivinado, ha calmado este punto doloroso de mi corazón, pues una mujer que siente, que se ve morir para los goces del amor, tiene recursos angelicales, y por eso la duquesa no me ha dado ningún disgusto de este género. En diez años, ni una palabra, ni una mirada dejaron de ser para mí. Yo atribuyo á las palabras, á los pensamientos y á las miradas más valor del que les atribuyen las gentes ordinarias. Sí, para mí, una mirada es un tesoro inmenso, la menor duda es un veneno mortal

que obra instantáneamente, haciendo desaparecer mi amor. En mi concepto, que es contrario al de la multitud de seres que gustan de temblar, esperar y dudar, el amor debe residir en una seguridad completa, infantil, infinita... Para mí, el delicioso purgatorio que las mujeres se complacen en crearnos aquí con su coquetería, es una dicha atroz á la que renuncio; para mí, el amor es ó el cielo ó el infierno. Al infierno, renuncio; pero en cambio me siento con fuerzas para soportar el eterno azul del paraíso. Me entrego sin reserva, no tendré secreto, duda, ni engaño en el porvenir, y exijo la reciprocidad. Sin duda la ofendo con esta sospecha; pero no olvide usted que en todo esto sólo hablo de mí.

—Sí, veo que habla mucho de usted; pero nunca será demasiado, porque yo estoy acostumbrada á admirarle, mi querido poeta—dijo Modesta herida por la mordacidad del discurso en el que la duquesa de Chaulieu servía de maza.

—Pues bien, ¿me promete usted esa fidelidad canina que yo le ofrezco? ¿no es esto hermoso? ¿no es esto lo que usted desea...?

—Querido poeta, ¿por qué no busca usted para mujer á una muda que fuese un poco ciega y un tanto idiota? Yo no deseo otra cosa que agradar á mi marido; pero usted amenaza á una joven con arrebatarse la dicha particular que usted le proporcionaría, y de arrebatársela al menor gesto, á la menor palabra, á la menor mirada. Corta usted las alas al pájaro, y quiere que revolotee. Ya sabrá que se acusa á los poetas de inconstantes... ¡Oh! pero es fama infundada—repuso Modesta al ver el gesto de negación que hizo Canalis, —pues ese pretendido defecto proviene de que el público no se da cuenta de la vivacidad de los impulsos de su alma. Pero yo no hubiese creído nunca que un hombre de ingenio inventase las condiciones contradictorias que usted acaba de proponerme, y que á esto llamase vida. Usted pide cosas imposibles para tener

el gusto de cogerme en un renuncio, como esos encantadores que, en los cuentos de hadas, imponen labores á jóvenes perseguidas que, á su vez, son auxiliadas por hadas buenas.

—Aquí el hada sería el amor verdadero—dijo Canalis con tono seco al ver que su estrategia había sido adivinada por aquel espíritu fino y delicado que Butscha dirigía tan bien.

—Querido poeta, en este momento se parece usted á esos padres que se preocupan por la dote de su futura nuera, antes de mostrar la de su propio hijo. Se hace usted el interesante conmigo, sin saber antes si tiene derecho á ello. El amor no se establece con convenciones secamente discutidas. El pobre duque de Herouville se entrega con un abandono parecido al del tío Tobías en Sterne, pero hay la diferencia de que yo no soy la viuda Wadman, aunque sí soy viuda de muchas ilusiones referentes á la poesía. Sí, nosotras las jóvenes no queremos creer nada de lo que destruye nuestro mundo fantástico. ¡Ya me lo habían advertido todo de antemano! ¡Ah! está usted representando una comedia indigna de usted, en la que no reconozco ya al Melchor de ayer.

—Porque Melchor ha visto en usted una ambición con la que cuenta usted aún...

Modesta miró de pies á cabeza á Canalis dirigiéndole una mirada imperial.

—... Pero yo también seré algún día par de Francia y embajador como él.

—Me toma usted por una plebeya—dijo subiendo la escalinata exterior para ir al salón.

Pero iba tan sofocada que, abandonando de pronto su actitud, que no juzgó oportuna, se volvió vivamente y añadió:

—Ese cambio de conducta tiene su explicación en las necesidades que corren por el Havre, necesidades que acabo de saber por Francisca, mi camarera.

—¡Oh! Modesta ¿puede usted creer en cosa seme-

jante?—dijo Canalis tomando una actitud dramática.—
¿Me supone capaz de casarme con usted únicamente
por su fortuna?

—Si le hago esta injuria, después de sus edificantes
discursos á orillas del Sena, en su mano está el des-
engañarme, y entonces seré todo lo que usted quiera
que sea—dijo la joven anonadándole con su des-
precio.

—Pequeña—se dijo el poeta siguiéndola,—me crees
más pipiolo de lo que soy si piensas que vas á cogirme
de ese modo. Pero ¿qué necesidad tengo de guardar
tantas consideraciones con una lagarta cuyo aprecio
me importa tanto como el del rey de Borneo? Y des-
pués de todo, el mero hecho de atribuirme ese in-
noble sentimiento me da razón para fingirme enfa-
dado. ¡Vaya una astucia la suya! La Briere, como tonto
que es, cargará con la albarda; y, dentro de cinco años,
espero reirme de él en compañía de ella.

La frialdad que este altercado hizo nacer entre Ca-
nalis y Modesta fué visible aquella misma noche para
todos los ojos. Canalis se retiró temprano pretextando
la indisposición de La Briere, y dejó el campo libre al
caballerizo mayor. Á eso de las once, Butscha, que
fué á buscar á su patrona, dijo á Modesta en voz baja
y con la sonrisa en los labios:

—¿Tenía razón ó no?

—¡Ay de mí! sí—dijo ella.

—Pero, cumpliendo lo convenido, ¿ha dejado usted
la puerta entreabierta para que pueda volver?

—No, la cólera me ha dominado—dijo Modesta.—
Tanta cobardía me ha hecho subir la sangre á la ca-
beza y no he podido callar.

—Pues bien, ¡mejor! Cuando estén ustedes enfada-
dos de tal modo que ni siquiera se dirijan la palabra,
me encargo de hacer que se finja enamorado de ma-
nera que hasta usted misma creará en su amor.

—Vamos, Butscha, no olvides que es un gran poeta,
un noble y un hombre de talento.

—Los ocho millones de su padre de usted son más
que todo eso.

—¿Ocho millones?...—dijo Modesta.

—Mi principal, que vende su estudio, va á partir
para Provenza á fin de dirigir las adquisiciones que
propone Castagnould, el piloto de su padre de usted.
La cifra de los contratos que hay que hacer para re-
constituir las tierras de La Bastie asciende á cuatro
millones, y el coronel ha dado orden de que se lleva-
sen á cabo las compras... Usted posee dos millones de
dote, uno de los cuales será invertido en el estableci-
miento de usted en París, en un palacio y el mobiliario
correspondiente. Calcule usted.

—¡Ah! puedo ser duquesa de Herouville—exclamó
Modesta mirando á Butscha.

—Á no haber sido por ese comediante de Canalis,
hubiera usted aceptado su látigo creyendo que prove-
nía de mí—dijo el pasante defendiendo así la causa de
La Briere.

—Señor Butscha ¿pretende usted casarme á su
gusto?—preguntó Modesta riéndose.

—Ese buen muchacho ama como yo; usted le quiso
por espacio de ocho días, y créame que es hombre de
gran corazón—respondió el pasante.

—Y ¿puede luchar con un cargo de la corona? no
hay más que seis: gran limosnero, canceller, gran
chambelán, mayordomo, condestable y gran almi-
rante; pero condestables no se nombran ya actual-
mente.

—Señorita, en seis meses, el pueblo, que se compone
de una infinidad de Butschas malvados, puede derri-
bar todas esas grandezas. Y, por otra parte, ¿qué sig-
nifica hoy la nobleza? Los Herouville descienden de
un conserje de Roberto de Normandía. ¿Tendrá usted
muchos sinsabores con esas dos viejas solteronas de
rostro laminado! Si quiere ser duquesa, es usted
del Condado, el Papa tendrá tantos miramientos con
usted como con los comerciantes, y le venderá algún

ducado terminado en *nia* ó en *agno*. ¡No arriesgue usted, pues, su dicha por un cargo de la corona!

Las reflexiones de Canalis durante la noche fueron completamente positivas. No vió nada peor en el mundo que la situación de un hombre casado sin fortuna. Temblando todavía del peligro que le había hecho correr su vanidad, puesta en juego cerca de Modesta, el deseo de quitársela al duque de Herouville y su creencia en los millones del señor Miñón, se preguntó lo que la duquesa de Chaulieu debía pensar de su permanencia en el Havre, agravada por un silencio epistolar de catorce días, cuando en París se escribían mutuamente cinco ó seis cartas á la semana, y exclamó:

—¡Y la pobre mujer que trabaja para obtenerme el cordón de comendador de la Legión y la dignidad de ministro al lado del gran duque de Bade!...

Al instante, con esa rapidez de decisión que, tanto en los poetas como en los especuladores, resulta de una viva intuición del porvenir, se puso á la mesa y escribió la siguiente carta:

Á LA SEÑORA DUQUESA DE CHAULIEU

«Mi querida Eleonora: Sin duda estarás asombrada de no haber recibido aún noticias mías; pero mi permanencia aquí no es debida solamente á mi salud, sino que también se trataba de empazarme en cierto modo con nuestro pequeño La Briere. Este pobre muchacho se ha enamorado pèrdidamente de una cierta señorita Modesta de La Bastie, una jovencita pàlida, insignificante y melindrosa, que, por añadidura, tiene el vicio de amar la literatura y se dice poeta para justificar los caprichos, los arranques y las variaciones de un carácter bastante malo. Ya conoces á Ernesto; y, como es fácil de *pescar*, no he querido dejarlo ir solo. La señorita de La Bastie ha coqueteado de un modo singular con tu Melchor; estaba muy dispuesta á ser

tu rival, aunque tiene los brazos delgados, pocas espaldas como todas las jóvenes, una cabellera más insípida que la de la señora de Rochefide y unos ojillos grises muy apagados. He dado el alto, sin duda demasiado brutalmente, á las graciosidades de esa Inmodesta; pero el amor único es así. ¿Qué me importan las mujeres de la tierra, las cuales, todas juntas, no valen lo que tú?

»Las personas con quienes paso aquí el tiempo, y que forman la camarilla de la heredera, son unos burgueses insoportables. Compadéceme: paso las noches con pasantes de notario, notarios, cajeros y un usurero de provincias; y, ciertamente, hay mucha diferencia entre esas veladas y las de la calle de Grenelle. La pretendida fortuna del padre, que acaba de llegar de la China, nos ha valido la presencia del sempiterno pretendiente, el caballerizo mayor, tanto más ansioso de millones por cuanto que, según dicen, le hacen falta seis ó siete para dar valor á los famosos pantanos de Herouville. El rey no sabe lo fatal que es el regalo que ha hecho el duquecito. Su Gracia, que no duda ya de la poca fortuna de su deseado suegro, no está celoso más que de mí. La Briere se abre paso cerca de su ídolo, á cubierto de su amigo que le sirve de pantalla. Á pesar de los éxtasis de Ernesto, yo, el poeta, pienso en lo sólido; y los informes que acabo de tomar sobre la fortuna ennegrecen el porvenir de nuestro secretario, cuya futura esposa tiene unos dientes de un filo inquietante para toda especie de fortuna. Si mi querido ángel quiere compensar algunos de nuestros pecados, tratará de saber la verdad de este asunto llamando é interrogando, con la habilidad que le caracteriza, á su banquero Mongenod. El señor Carlos Miñón, antiguo coronel de caballería de la guardia imperial, ha sido durante siete años el corresponsal de la casa Mongenod. Hablan de doscientos mil francos de dote á lo más, y desearía, antes de pedir la mano de la joven para Ernesto, tener datos positivos.

Una vez que éste sea aceptado, volveré á París. Conozco el medio de terminarlo todo en provecho de nuestro enamorado: se trata de obtener la transmisión del título de conde al yerno del señor Miñón, y nadie más que Ernesto, en pago de sus servicios, puede obtener este favor, sobre todo secundado por nosotros tres, por ti, por el duque y por mí. Con los gustos que tiene Ernesto, que llegará á ser fácilmente jefe de negociado, será muy feliz en París viéndose con veinticinco mil francos de renta al año, una plaza inamovible y una mujer, ¡desgraciado! ¡Oh! querida, ¡cuánto echo de menos la calle de Grenelle! Quince días de ausencia, si no matan el amor, le dan el ardor de los primeros días, y tú sabes, acaso mejor que yo, las razones que hacen mi amor eterno. ¡Mis huesos te amarán aún en la tumba! Así que estoy rabiando por verte. Si me veo obligado á permanecer aquí diez días más, iré por algunas horas á París.

»¿Me ha obtenido el duque algo de qué colgarme? ¿Tendrás necesidad, vida mía, de ir á tomar las aguas á Badén el año próximo? Los arrullos de nuestro bello tenebroso, comparados con los acentos del amor feliz, siempre el mismo desde hará pronto diez años, me han hecho sentir gran desprecio por el matrimonio, pues no había visto nunca esas cosas tan de cerca. ¡Ah! querida mía, lo que llaman *la falta* une dos seres mucho mejor que *la ley*, ¿verdad?»

Esta idea sirvió de texto á dos páginas de recuerdos y de aspiraciones demasiado íntimas para que sea permitido publicarlas.

La víspera del día en que Canalis echó esta carta al correo, Butscha, que contestó bajo el nombre de Juan Jacmín á una carta de su pretendida prima Filoxena, echó la suya al buzón doce horas antes que la de Canalis. En el colmo de la inquietud desde hacía quince días y herida por el silencio de Melchor, la duquesa, que había dictado la carta de Filoxena al primo, aca-

baba de tomar informes exactos sobre la fortuna del coronel Miñón, después de leer la respuesta del pasante, un tanto demasiada decisiva para un amor propio quincuagenario. Al verse abandonada y traicionada por unos millones, Eleonora era presa de un paroxismo de rabia, de odio y de maldad fría. Filoxena llamó para entrar en la habitación de su dueña, la encontró con los ojos llenos de lágrimas y permaneció estupefacta ante aquel fenómeno sin precedente desde hacía quince años que la servía.

—¡Se expía la dicha de diez años en diez minutos! —exclamó la duquesa.

—Una carta del Havre, señora.

Eleonora leyó la prosa de Canalis, sin apercibirse de la presencia de Filoxena, cuyo asombro aumentó al ver renacer la serenidad en el rostro de la duquesa á medida que iba leyendo. Tended á un hombre que se ahoga una percha gruesa como una caña y verá en ella un gran camino real; asimismo, la feliz Eleonora creía en la buena fe de Canalis al leer aquellas cuatro páginas en donde se codeaban el amor y los negocios, la mentira y la verdad. Ella que, una vez que hubo salido el banquero, acababa de mandar llamar á su marido para impedir el nombramiento de Melchor, si aun era tiempo, fué presa de un sentimiento generoso que llegó hasta lo sublime.

—¡Pobre muchacho! —pensó—; no ha tenido ni el menor pensamiento malo! Me ama como el primer día, me lo dice todo.—¡Filoxena! —dijo viendo á su camarera de pie ante ella en actitud de arreglar sus vestidos.

—¿Qué desea la señora duquesa?

—El espejo, hija mía.

Eleonora se miró, vió la multitud de arrugas trazadas en su frente y que desaparecían á distancia y suspiró creyendo decir adiós al amor con aquel suspiro; concibió entonces un pensamiento viril, desprovisto de las pequenezes de la mujer, un pensamiento que

emborracha por algunos momentos, y cuya embriaguez puede explicar la clemencia de la Semíramis del norte cuando casó á su joven y hermosa rival en Mononoff.

—Ya que no me ha faltado, quiero hacerle obtener los millones y la joven—pensó,—si esa señorita Modesta es tan fea como dice.

Tres golpes dados elegantemente anunciaron al duque, á quien su mujer abrió en persona.

—¡Ah! veo que está usted mejor, querida mía—exclamó el duque con esa alegría ficticia que tan bien saben fingir los cortesanos.

—Mi querido Enrique—respondió la duquesa,—es verdaderamente inconcebible que no haya usted obtenido aún el nombramiento de Melchor, usted que se ha sacrificado por el rey en su ministerio de un año sabiendo que apenas duraría ese tiempo el ministerio.

El duque miró á Filoxena, y la camarera le señaló con un movimiento imperceptible la carta del Havre colocada sobre el tocador.

—Se van á aburrir ustedes mucho en Alemania, y volverá reñida con Melchor,—dijo cándidamente el duque.

—Y ¿por qué?

—Porque estarán ustedes siempre juntos—dijo el antiguo embajador con cómica bondad.

—¡Ah! no—le dijo su esposa,—quiero casarlo.

—Á dar fe al duque de Herouville, creo que nuestro querido Canalis no espera el permiso de usted para hacerlo—respondió el duque sonriéndose.—Ayer, Grandlieu me leyó algunos párrafos de una carta que el caballero mayor le escribió, y que sin duda estaban redactados por su tía para que llegasen á oídos de usted, pues la señorita de Herouville, que está siempre al acecho de una buena dote, sabe que Grandlieu y yo jugamos al whist todas las noches. El duquecito pide al príncipe de Cadignán que vaya á ha-

cer una cacería real á Normandía, recomendándole que procure llevar al rey, á fin de entusiasmar á la futura cuando se vea objeto de semejantes atenciones. En efecto, opino que dos palabras de Carlos X lo arreglarían todo. Herouville dice que la joven es incomparablemente hermosa.

—¡Enrique, vamos al Havre!—gritó la duquesa interrumpiendo á su marido.

—Y ¿con qué pretexto?—dijo gravemente aquel hombre que fué uno de los confidentes de Luis XVIII.

—No he visto nunca una partida de caza.

—Eso estaría bien si fuese el rey; pero una partida de caza tan lejos resulta incómoda, y yo acabo de hablar á Su Majestad, y sé que no irá.

—Podría venir la SEÑORA...

—Vale más eso—repuso el duque,—y así la duquesa de Maufrigneuse puede ayudarle á usted á sacarle de Rosny. El rey no tomaría á mal de ese modo que se sirviesen ustedes de su equipaje de caza. No vaya usted al Havre, querida mía—dijo paternalmente el duque,—pues eso sería llamar demasiado la atención. Mire usted, se me ocurre un medio mejor. Gaspar tiene al otro lado del bosque de Brotonne su palacio de Rosembray, ¿por qué no insinuarle que reciba en él á toda esa gente?

—Y ¿por quién?—dijo Eleonora.

—Por su mujer, la duquesa, que acompaña en la santa mesa á la señorita de Herouville, podría, inspirada por esa solterona, hacer esa petición á Gaspar.

—¡Es usted un hombre adorable!—dijo Leonora.—Voy á escribir dos letras á la solterona y á Diana, pues es preciso que encarguemos trajes de caza. El sombrerito de amazona me parece que rejuvenece bastante. ¿Ganó usted ayer en casa del embajador de Inglaterra?

—Sí—dijo el duque,—me he empazado.

—Enrique, no olvide usted sobre todo de activar los dos nombramientos de Melchor.

Después de haber escrito diez líneas á la hermosa

Diana de Maufrigneuse y otras tantas á la señorita de Herouville, Eleonora dió la siguiente respuesta á la carta de Canalis:

AL SEÑOR BARÓN DE CANALIS

«Mi querido poeta: La señorita de La Bastie es muy hermosa; Mongenod me ha probado que su padre tiene ocho millones. Pensaba casarle á usted con ella, y lamento su falta de confianza. Si la intención de usted al ir al Havre fué la de casar á La Briere, no comprendo por qué no me lo había de haber dicho antes de partir. Y ¿cómo permanece usted quince días sin escribir á una amiga que se inquieta tan fácilmente como yo? Su carta llegó un poco tarde, pues ya había visto yo á nuestro banquero. Melchor, es usted un niño al no ser franco con nosotros. Eso no está bien. El duque mismo está ofendido de su manera de proceder, y le encuentra á usted poco noble, lo que pone en duda el honor de su señora madre de usted.

»Ahora deseo ver las cosas por mí misma. Creo que tendré el honor de acompañar á la SEÑORA á la cacería que da el duque de Herouville para la señorita de La Bastie. Ya me las arreglaré para que sea usted invitado á Rosembray, pues el punto de cita para la caza será probablemente en casa del duque de Verneuil.

»Mi querido poeta, á pesar de los pesares, no dude usted que es siempre su amiga

»ELEONORA.»

—Toma, Ernesto—dijo Canalis arrojando á las narices de La Briere la citada carta, que recibió mientras estaba almorzando.—He aquí ya la millonésima carta amorosa que recibo de esta mujer, y en ninguna de ellas hay siquiera un tú. La ilustre Eleonora no se ha comprometido nunca más de lo que está en esa

carta. Haces bien en casarte. El peor matrimonio es mejor que el más grato de estos compromisos. ¡Ah! ¡soy el hombre más estúpido de la creación! Modesta tiene millones y la he perdido para siempre, pues no es fácil volver de los polos en que nos hallamos á los trópicos en que nos hallábamos hace tres días. De modo que deseo tanto más tu triunfo sobre el caballero mayor, cuanto que he manifestado á la duquesa que he venido aquí para hacerte un poder. No dudes, pues, que voy á trabajar en favor de tu causa.

—¡Ay de mí! Melchor, sería preciso que Modesta tuviera un carácter tan grande, tan firme y tan noble para resistir el espectáculo de la corte y de los esplendores tan hábilmente preparados en honor y gloria suya por el duque, que no creo en la existencia de semejante perfección; y sin embargo, si es la misma Modesta de sus cartas, todavía me quedan esperanzas.

—¿Hago yo acaso bien mirando al mundo y á mi querida con ojos distintos que los demás?—exclamó Canalis saliendo y yendo á pasearse por el jardín.

El poeta, cogido entre la espada y la pared, no sabía qué resolver.

—Juega lealmente, y perderás—exclamó sentándose en el kiosco.—Seguramente que todos los hombres sensatos hubieran obrado como lo hice yo hace cuatro días y hubieran procurado evitar el lazo en que me creía cogido, pues en casos semejantes no hay que divertirse en desatar, es preciso romper. Vamos, permanezcamos frío, tranquilo, digno y en actitud de hombre ofendido. El honor no me permite obrar de otro modo, y una rigidez inglesa es el único medio de volver á conquistar la estimación de Modesta. Después de todo, si me retiro de aquí para volver á disfrutar de mi antigua dicha, mi fidelidad por espacio de diez años ha de ser recompensada, y estoy seguro de que Eleonora me proporcionará un buen partido para casarme.

La partida de caza tenía que ser el punto de reunión de todas las pasiones excitadas por la fortuna del coronel y por la belleza de Modesta; de modo que los pocos días empleados en hacer los preparativos para aquella solemnidad campestre, fueron considerados como una tregua para todos los adversarios, y el salón de la casa Miñón ofreció entonces el tranquilo aspecto que ofrece el de una familia muy unida. Canalis, encerrado en su papel de hombre ofendido por Modesta, quiso mostrarse cortés, abandonó sus pretensiones, no volvió á hacer gala de sus facultades oratorias, y mostróse encantador como se muestran todas las gentes de talento cuando renuncian á toda afectación; hablaba de cuestiones económicas con Gobenheim, de guerra con el coronel, de Alemania con la señora Miñón, y del hogar doméstico con la señora Latournelle, procurando ponerla de parte de La Briere. El duque de Herouville dejó más de una vez el campo libre á sus enemigos, pues se vió precisado á ir á Rosembray á consultar con el duque de Verneuil y á velar para que se cumpliesen las órdenes del montero mayor, príncipe de Cadignán. Sin embargo, no faltó la parte cómica. Modesta oyó las exageraciones de las dos señoritas de Herouville, que iban todas las noches, y pudo observar el afán de Canalis de disminuir el mérito de la galantería del caballerizo mayor. Canalis advertía á Modesta que en lugar de ser la heroína de la caza, apenas llamaría en ella la atención. La SEÑORA iría acompañada de la duquesa de Maufrigneuse, nuera del montero mayor, de la duquesa de Chaulieu y de algunas damas de la corte, entre las cuales una joven no produciría sensación alguna. Sin duda serían invitados muchos militares de guarnición en Rouen, etc. Elena no cesaba de repetir á la que creía ya su cuñada que sería presentada á la SEÑORA. Seguramente que el duque de Verneuil invitaría tanto á ella como á su padre á permanecer en Rosembray, y si el coronel quería obtener algún

favor del rey, la dignidad de par por ejemplo, ninguna ocasión mejor que aquella, pues el monarca no dejaría de comparecer en la caza por lo menos el tercer día. Decíanla que quedaría sorprendida de la magnífica acogida que la harían las mujeres más hermosas de la corte, las duquesas de Chaulieu, de Maufrigneuse, de Lenoncourt-Chaulieu, etc. Las prevenciones de Modesta contra el arrabal Saint-Germain se disiparían, etc. Aquello fué una pequeña guerra, divertidísima por sus marchas, por sus contramarchas y por sus estrategias, de las cuales gozaban los Dumay, los Latournelle, Gobenheim y Butscha, quienes, reunidos á intervalos en confianza, decían pestes de los nobles, tomando sabiamente nota de sus cobardías, cruelmente estudiadas.

Los dichos del partido de Herouville fueron confirmados por una halagüeña invitación del duque de Verneuil y del montero mayor de Francia al señor conde de La Bastie y á su hija para que asistiesen á una gran cacería en Rosembray, que tendría lugar los días 7, 8, 9 y 10 de noviembre próximo.

La Briere, lleno de funestos pensamientos, gozaba de la presencia de Modesta con ese sentimiento de avidez concentrada cuyos amargos placeres sólo son conocidos por los enamorados separados fatalmente por un plazo determinado. Estos matices de dicha, entremezclados de meditaciones melancólicas acerca del tema: «¿Estará perdida para mí?», comunicaron á aquel joven un aspecto tanto más conmovedor, cuanto que su fisonomía y su persona estaban en armonía con este profundo sentimiento. Nada hay más poético que una elegía animada, que tiene ojos, que anda y que suspira.

Por fin, el duque de Herouville se presentó para acordar la salida de Modesta, la cual, después de haber atravesado el Sena, debía ir en la calesa del duque en compañía de las señoritas de Herouville. El duque estuvo sumamente cortés é invitó á Canalis y á La

Briere, advirtiéndoles, lo mismo que al señor Miñón, que había tenido cuidado de tener caballos de caza dispuestos para ellos. El coronel rogó á los tres amantes de su hija que aceptasen un almuerzo en su casa la mañana de la partida. Entonces Canalis se propuso ejecutar un proyecto madurado durante los últimos días, cuyo objeto era el reconquistar á Modesta y el burlar á la duquesa, al caballero mayor y á La Briere. Un diplomático no podía permanecer encallado en la situación en que él se hallaba. La Briere, por su parte, había resuelto dar un eterno adiós á Modesta, de modo que cada pretendiente pensaba pronunciar su última palabra, presintiendo el fin de una lucha que duraba ya tres semanas. La víspera del día de la marcha, después de la comida, el coronel había tomado á su hija por el brazo y le había hecho ver la necesidad en que estaba de decidirse.

—Nuestra posición con la familia de Herouville sería intolerable en Rosembray. ¿Quieres ser duquesa? —le preguntó á Modesta.

—No, padre mío,—respondió ésta.

—¿Amas acaso á Canalis?

—¡Oh! no, mil veces no, padre mío,—dijo la joven con impaciencia de niña mimada.

El coronel miró á Modesta con cierta alegría.

—¡Ah! ya sabes que te he dejado en completa libertad—exclamó aquel buen padre.—Pero ahora te confesaré que en París había escogido ya á mi yerno cuando, al hacerle creer que carecía de fortuna, me saltó al cuello diciéndome que le quitaba un enorme peso del corazón.

—¿Á quién se refiere usted?—preguntó Modesta ruborizándose:

—*Al hombre de virtudes positivas, de moralidad segura*—dijo burlonamente el señor Miñón repitiendo la frase que, al día siguiente de su llegada, había disipado los sueños de Modesta.

—Pero, papá, si no pienso en él. Déjeme usted en

libertad para rechazar al duque por mí misma. Le conozco y sé cómo halagarle.

—¿De modo que todavía no has hecho tu elección?

—Todavía no. Me quedan aún por descifrar algunas sílabas de la charada de mi porvenir; pero, después de haber vislumbrado ligeramente la corte, le diré á usted mi secreto en Rosembray.

—Vendrá usted á la caza, ¿verdad?—gritó el coronel viendo venir de lejos á La Briere por la misma calle de árboles donde se paseaba con su hija.

—No, coronel—respondió Ernesto.—Vengo á despedirme de usted y de la señorita. Me vuelvo á París...

—Veo que no es usted curioso—dijo Modesta interrumpiéndole y mirando al tímido Ernesto.

—Para que yo me quede, me bastará satisfacer un deseo que ni siquiera me atrevo á esperar—replicó el joven.

—Si no es más que eso, sepa que yo tendría un verdadero placer en que nos acompañase—dijo el coronel yendo al encuentro de Canalis y dejando á su hija y al pobre Ernesto juntos por un instante.

—Señorita—dijo La Briere fijando sus ojos en Modesta con el atrevimiento del hombre desesperado,—tengo que hacerle á usted un ruego.

—¿Á mí?

—Sí, quisiera obtener su perdón. Mi vida no será nunca feliz, pues llevo el remordimiento de haber perdido la dicha, sin duda por mi causa; pero al menos...

—Antes de separarnos para siempre—respondió Modesta con voz emocionada é interrumpiendo á La Briere,—deseo saber una sola cosa; y, si es verdad que una vez se disfrazó usted, espero que en esto no cometerá usted la cobardía de engañarme...

La palabra *cobardía* hizo palidecer á Ernesto, el cual exclamó:

—¡Es usted implacable!

—¿Será usted franco?

—Tiene usted derecho á hacerme esa degradante pregunta; sí—dijo el refrendario con voz entrecortada por la emoción.

—Pues bien, dígame, ¿leyó usted mis cartas al señor de Canalis?

—No, señorita; y si se las dejé leer al coronel, fué para justificar mi pasión y para hacerle ver cómo había nacido mi cariño y cuán sinceras habían sido mis tentativas para procurar que renunciase usted á sus caprichos.

—Pero, ¿de quién fué la idea de esa innoble mascarada, que ponía en peligro mi honor?—preguntó Modesta con aire impaciente.

La Briere contó detalladamente la escena á que había dado lugar la primera carta de Modesta y la especie de desaffo que se había entablado entre el poeta y él á causa de la defensa que había hecho de una joven que buscaba la gloria como busca la planta un poco de sol.

—¡Basta!—respondió Modesta con contenida emoción.—Caballero, si no ha conquistado usted mi corazón, sepa al menos que puede contar con todo mi aprecio.

Esta sencilla frase causó un gran aturdimiento á La Briere, el cual, al sentir que le faltaban las fuerzas como hombre privado de razón, se apoyó en un arbolito. Modesta, que se marchaba, volvió la cabeza y se apresuró á socorrerle.

—¿Qué tiene usted?—le dijo cogiéndole por la mano y evitando su caída.

Modesta sintió una mano helada y vió un rostro pálido como un lirio, pues la sangre del joven se había agolpado toda á su corazón.

—Dispense usted, señorita, ¿me creía tan despreciado!...

—Pero ¿acaso le he dicho yo á usted que le amaba?—repuso la joven con desdeñosa altanería.

Y dejó de nuevo á La Briere, el cual, á pesar de la

dureza de estas palabras, creía andar por los aires. La tierra se ablandaba bajo sus pies, los árboles le parecían haberse cambiado en flores, el cielo tenía un color rosáceo y el aire le pareció azulado como el de esos templos del himeneo que aparecen al final de las obras de magia y que acaban felizmente.

En estas situaciones, las mujeres son como Jano: ven lo que pasa detrás de ellas sin volverse, y Modesta vió entonces en la actitud de aquel enamorado los irrecusables síntomas de un amor á lo Butscha, amor que constituye, indudablemente, el *non plus ultra* de los deseos de una mujer. La gran importancia que para La Briere tenía el cariño de Modesta causó á ésta una satisfacción infinita.

—Señorita—dijo Canalis dejando al coronel y dirigiéndose á Modesta,—á pesar del poco caso que hace usted de mis sentimientos, importa á mi honor desvanecer un error del que he sido víctima algún tiempo. Cinco días después de mi llegada á ésta, he aquí lo que me escribía la señora duquesa de Chau-lieu.

Y esto diciendo, entregó á Modesta las primeras líneas de la carta en que la duquesa decía que había visto á Mongenod y que deseaba casar á Melchor con Modesta.

—No puedo dejarle á usted ver el resto—dijo metiendo la otra mitad de la carta en el bolsillo,—y confío á su delicadeza esas pocas líneas á fin de que pueda usted comprobar la letra. La joven que me ha atribuído innobles sentimientos es muy capaz de creer en alguna falsificación ó estrategia por mi parte. Esto le probaré á usted el afán que tengo en demostrarle que el disgusto que existe entre nosotros no ha sido causado, como usted supone, por miras interesadas. ¡Ah! Modesta—añadió con voz entrecortada por la emoción,—su poeta, el poeta de la señora de Chau-lieu, no tiene menos poesía en el corazón que en el pensamiento. Ya verá usted á la duquesa, y le ruego

que hasta entonces suspenda todo juicio relativo á mi conducta.

Y dejó á Modesta estupefacta.

—¡Ah! esto sí que está bueno, todos son unos ángeles, pero todos son incasables.

—Señorita Modesta, esta caza me inquieta mucho —dijo Butscha que apareció llevando un paquete debajo del brazo.—He soñado que se le desbocaba á usted el caballo, y he ido á Rouen á buscar un bocado español, con el cual jamás caballo alguno llegó á desmandarse. Le suplico que se sirva de él. Ya se lo he enseñado al coronel, el cual me ha dado por él mayor número de gracias de las que me merecía.

—¡Pobre Butscha!—exclamó Modesta conmovida ante aquella prueba de cariño.

Butscha se marchó saltando como hombre á quien se acaba de anunciar la muerte de un tío rico al cual ha de heredar.

—Papá querido—dijo Modesta entrando en el salón, —quisiera tener aquel hermoso latiguillo. ¿Por qué no le propone usted al señor de La Briere que se lo cambie por nuestro hermoso cuadro de Van Ostade?

Modesta miró socarronamente á Ernesto mientras que el coronel le hacía esta proposición delante del cuadro, único recuerdo que le quedaba de sus campañas militares, pues lo había comprado en Ratisbona á un particular.

Al ver la precipitación con que La Briere dejó el salón, Modesta se dijo:

—¡Indudablemente será de la partida!

¡Cosa rara! los tres amantes de Modesta se trasladaron á Rosembray con el corazón lleno de esperanzas y encantados de las adorables perfecciones de la joven.

Rosembray, tierra comprada recientemente por el duque de Verneuil con la suma que le tocó en los mil millones votados para legitimar la venta de los bienes nacionales, es notable por su palacio, comparable

por su magnificencia al de Mesniere y de Balleroy. Se llega á este imponente y noble edificio por un inmenso paseo formado por seculares olmos, y atravesando un inmenso patio de honor pendiente como el de Versalles, con dos magníficas rejas, dos pabellones de conserje y adornado de grandes naranjos. En el patio el palacio ofrece, entre dos cuerpos de edificio en esconce, dos filas de diez y nueve elevadas ventanas abovedadas y cuadradas, separadas entre sí por una columna empotrada y acanalada. Una cornisa con balaustres oculta un tejado á la italiana, de donde salen chimeneas de piedra tallada cubiertas con trofeos de armas, pues Rosembray había sido construido en 1814 por un cortijero general llamado Cottín. En el parque, la fachada se distingue de la del patio por un antecuerpo de cinco ventanas con columnas, debajo del cual se ve un magnífico frontispicio. La familia de Marigny, á la que fueron aportados estos bienes por la señorita Cottín, única heredera de su padre, hizo esculpir en él un amanecer á Coysevox. Debajo de esto, dos ángeles desarrollan una cinta en la que se lee esta divisa sustituida por la antigua en honor del gran rey: *Sol nobis benignus*. El gran rey había hecho duque al marqués de Marigny, que era uno de sus más insignificantes favoritos.

Desde la escalinata exterior, formada por peldaños circulares con balaustres, se divisa un inmenso estanque largo y ancho como el canal de Versalles, y que empieza en la parte baja de un césped adornado de jarrones donde brillaban entonces las flores del otoño. Á ambos lados, sendos jardines á la francesa ostentan sus cuadros, sus calles de árboles y sus hermosas producciones. Estos dos jardines están limitados en toda su longitud por un margen de bosque de unas treinta fanegas, donde, en tiempo de Luis XV, se formaron parques á la inglesa. Desde la terraza, la vista se detiene en el fondo de un bosque dependiente de Rosembray y contiguo á otros dos bosques,